

COLECCIÓN GRUPOS DE TRABAJO



Serie Economía, políticas de desarrollo y desigualdades

SENSIBILIDADES, SUBJETIVIDADES Y POBREZA EN AMÉRICA LATINA

Angélica De Sena
Jeanie Maritza Herrera Nájera
[Comps.]

 **CLACSO**

**SENSIBILIDADES, SUBJETIVIDADES
Y POBREZA EN AMÉRICA LATINA**

Sensibilidades, subjetividades y pobreza en América Latina / Angélica De Sena... [et al.]; compilación de Angélica De Sena; Jeanie Maritza Herrera Nájera. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO, 2022.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-813-288-4

1. Pobreza. 2. América Latina. 3. Pandemias. I. De Sena, Angélica, comp. II. Herrera Nájera, Jeanie Maritza, comp.
CDD 305.569098

Otros descriptores asignados por CLACSO:

Subjetividad / Pobreza / Movimientos sociales / Pandemia / Solidaridad
/ Políticas sociales / Trabajo / Espacio urbano / Sensibilidad / América
Latina

Los trabajos que integran este libro fueron sometidos a una evaluación por pares.

SENSIBILIDADES, SUBJETIVIDADES Y POBREZA EN AMÉRICA LATINA

Angélica De Sena
Jeanie Maritza Herrera Nájera
(Comps.)

Grupo de Trabajo de Sensibilidades, Subjetividades y Pobreza





CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Colección Grupos de Trabajo

Pablo Vommaro - Director

CLACSO - Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Pablo Vommaro - Director de Investigación

CLACSO - Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory y Marcela Alemandi - Gestión Editorial

Área de investigación

Natalia Gianatelli - Coordinadora de Investigación

Cecilia Gofman, Marta Paredes, Rodolfo Gómez, Sofía Torres, Teresa Arteaga y Ulises Rubinschik -
Equipo de Gestión Académica



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

1ª edición: *Sensibilidades, subjetividades y pobreza en América Latina* (Buenos Aires: CLACSO, septiembre de 2022).

ISBN 978-987-813-288-4



CC BY-NC-ND 4.0

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723. La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>



Este material/producción ha sido financiado por la Patrocinado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

ÍNDICE

Jeanie Maritza Herrera Nájera

Presentación

| 9

SECCIÓN I. PANDEMIA, COMEDORES COMUNITARIOS Y OLLAS POPULARES: UNA MIRADA A LAS INTERVENCIONES ESTATALES

Angélica De Sena y Andrea Dettano

Una tipología posible de comedores, merenderos y otras formas de organizar la gestión del comer en contextos de pandemia en Buenos Aires

| 15

Aldana Boragnio

Ayuda, solidarismo y bienestar: sensibilidades en torno a “dar de comer” en iniciativas populares argentinas durante la pandemia de Covid-19

| 45

SECCIÓN II. POLÍTICAS SOCIALES, POLÍTICAS DEL CUIDADO Y DESIGUALDAD: VIVENCIAS Y SUBJETIVIDADES

Rebeca Cena

Políticas sociales, confianza y desconfianza: exploraciones desde las sensibilidades en contextos de desigualdad

| 67

Silvana Maria Bitencourt y Cristiane Batista Andrade

Emprego doméstico na pandemia da Covid-19 no Brasil: condições de trabalho, violências e cuidado familiar

| 89

HABITAR EN LA SOCIO-SEGREGACIÓN: UNA EXPLORACIÓN SOCIOLÓGICA DESDE LOS OLORES

Ana Lucía Cervio

INTRODUCCIÓN

En las últimas décadas, las transformaciones del capitalismo a escala global han supuesto profundas reconfiguraciones tanto en los modos de planificación y organización de las ciudades, así como en las maneras sociales de habitarlas y sentirlas. La sub-urbanización de las metrópolis (Borsdorf e Hidalgo, 2010; Pagliarin y De Decker, 2021), los flujos transnacionales de personas (Congress, 2017; Kleidermacher, 2016) y la segregación socio-espacial y racializante (Duhau, 2003; Cervio, 2021; Picker, 2017), solo por mencionar algunos procesos significativos que acompañan la “generalización de lo urbano” como dinámica planetaria (De Mattos, 2010), no solo implican transformaciones sustanciales en las formas de producción y consumo de la ciudad, en la revalorización estratégica de los espacios o en el establecimiento de nuevas centralidades urbanas (Vecslir y Ciccolella, 2012; Méndez, 2007). También impactan en forma radical sobre las experiencias y sensibilidades de las personas y colectivos que habitan en las ciudades.

Una de las consecuencias más evidentes de las aludidas metamorfosis espaciales es la consolidación de formas de habitabilidad precarias que permean (por vías diversas y superpuestas) las prácticas

individuales y colectivas, las modalidades que asume el conflicto, los repertorios de las acciones colectivas, las dinámicas institucionales para la gestión y procesamiento de las demandas sociales, las formas de consumo y disfrute, así como las intersticialidades y expresiones de “resistencias” emergentes en distintas escalas urbanas.

Desde una mirada estructural, la segregación socio-espacial¹ y la consolidación de la pobreza que se ha venido intensificando en Argentina en forma sostenida durante las últimas décadas (Minujín y Kessler, 1995; Cravino, 2018), no solo tiene un correlato “espacial”, observable en los procesos de expansión desigualitaria de las periferias, en las formas de precariedad y/o suntuosidad que asumen los consumos clasistas del suelo, en los conflictos y demandas de servicios e infraestructuras por parte de distintos sectores sociales, o en las movilidades intra e interurbanas. También supone la consolidación de políticas de las sensibilidades que, en su operación cotidiana y desapercibida, erigen un conjunto de muros (“mentales” y “de concreto”) en torno de los cuales las ciudades quedan fragmentadas, propiciando la emergencia de una compleja articulación de prácticas, experiencias y conflictos.

Recuperando la noción de *habitar* propuesta por Henri Lefebvre (1978a, 2013), para quien se trata de una práctica política-creativa que transforma tanto al espacio como a los sujetos, este capítulo se propone analizar algunas conexiones entre habitabilidad, memorias y políticas de los sentidos en contextos urbanos signados por la segregación socio-espacial. Desde los aportes de los estudios sociales de la ciudad en sus cruces con una sociología de las sensibilidades, conceptualmente se define la experiencia del habitar como una

relación sensible que actualiza los entramados prácticos y emocionales que los sujetos ponen en juego en sus interacciones cotidianas. Dicha experiencia es el resultado de la in-corporación de los procesos y efectos de dominación (vuelto mirada, olfacción, audición, tacto y gusto) que actualizan las percepciones asociadas a las formas socialmente construidas de las sensaciones. (Cervio, 2015, p. 43).

1 Se retoma la definición de Sabatini, Cáceres y Cerda (2001, p. 27) quienes conceptualizan a la segregación socio-espacial como “el grado de proximidad espacial o de aglomeración territorial de las familias pertenecientes a un mismo grupo social, sea que este se defina en términos étnicos, etarios, de preferencias religiosas o socio-económicos, entre otras posibilidades”. Una aproximación a la segregación socio-espacial en sus articulaciones con las políticas de las sensibilidades puede revisarse en Cervio, 2020.

Con el propósito de efectuar una aproximación a las sensibilidades de sujetos que desde hace varias generaciones reproducen su cotidianeidad en espacios urbanos socio-segregados, el trabajo indaga las experiencias del habitar en villas de emergencia y barrios precarizados de la ciudad de Córdoba (Argentina) durante la década de 1980. Particularmente, el estudio pone en tensión el encuentro entre pasado-presente desde la perspectiva de los sujetos, explorando las sensibilidades que estos evocan a la hora de reconstruir sus días en el entorno habitado durante la transición democrática. Frente al dato socio-biográfico de que la pobreza ha acompañado la reproducción inter-generacional de las voces que aquí se reproducen, la memoria emerge como una categoría sustantiva que se entrecruza con la sensorialidad y las sensibilidades, constituyéndose en un eje analítico ineludible.

Para alcanzar el objetivo mencionado, se ha elaborado la siguiente estrategia argumentativa. En primer lugar, se propone una discusión conceptual sobre las conexiones entre políticas de los sentidos y experiencias del habitar en el marco de las ciudades capitalistas. En segundo lugar, se analizan fragmentos de entrevistas con residentes de villas y barrios precarizados de Córdoba, recuperando algunas de sus “memorias del habitar”. Particularmente, se efectúa una exploración de las experiencias del habitar en los años 80 a partir de los olores evocados por los entrevistados al momento de ofrecer una reconstrucción (“personal”) del entorno habitado. Finalmente, a modo de cierre, se proponen lecturas emergentes desde una sociología de las sensibilidades urbanas.

POLÍTICAS DE LOS SENTIDOS Y EXPERIENCIAS DEL HABITAR

*“Habitar es lo propio de la especie humana.
Los animales salvajes tienen madrigueras,
los carros se guardan en cocheras y hay garajes para los
automóviles.*

*Solo los hombres pueden habitar. Habitar es un arte.
(...) El humano es el único animal que es un artista,
y el arte de habitar forma parte del arte de vivir.”*

Iván Illich (2014, p. 29)

Habitar es, sin lugar a dudas, una de las prácticas más elementales que conectan al sujeto con el mundo. Definido en forma genérica como sinónimo de vivir/morar (Real Academia Española (RAE), 2021), habitar un espacio, una experiencia o un cuerpo constituye un acto de ocupación y apropiación fundante que reafirma el carácter social de la existencia humana en el mundo.

Etimológicamente, el verbo habitar deriva del latín *habitāre*, que significa “ocupar un lugar” o “vivir en él”. No obstante, tal como señalan Corominas y Pascual (1984), también es frecuentativo de *habere*, lo cual señala los estrechos lazos que existen entre habitar y la acción de tener, poseer o disponer aquello que se habita. Junto con las definiciones asociadas a la morada y la posesión, el término habitar también forma parte de una familia de palabras que incluye tanto al hábito (vestido o traje que usan religiosos y religiosas; insignia con que se distinguen los órdenes militares) como a los hábitos (costumbres, destrezas y modos “habituales” de conducirse); aspecto que alumbró una conexión entre habitar y aquello que se hace, se porta o se estima en forma consuetudinaria y/o “habitual”.

Con todo, estas aproximaciones etimológicas muestran que la acción de habitar involucra diversos modos de ocupación, permanencia y apropiación de un espacio, objeto u experiencia, así como un conjunto de significados y disposiciones (afectivas, corporales, vitales, tecnológicas y culturales) que los sujetos ponen en juego en el marco de sus relaciones de posesión, reproducción, disputa o disfrute del mundo.

Reconociendo el valor de la línea de pensamiento inaugurada por Heidegger en su clásico ensayo *Construir, habitar, pensar* (1951), Lefebvre (1978b) sostiene que habitar es un hecho social y político elemental en tanto involucra la *conversión* del espacio vivido en un *lugar propio*. Tal apropiación demanda del sujeto una activa inversión de capacidades, emociones e imaginación que hacen del habitar una práctica histórico-social, dependiente de las condiciones materiales de existencia. Esta mirada creativa, subsidiaria de la capacidad creadora del hombre para producir y transformar su entorno, impone una distancia crítica con la categoría “hábitat”. En efecto, según Lefebvre, la misma fue producto de la invención de un grupo de “notables” que, hacia fines del siglo XIX, terminaron por desplazar la función creativa-creadora del habitar, estableciendo en su reemplazo al hábitat como una mera cuestión morfológica y, como tal, objeto de estudio e intervención específica de un reducido conjunto de especialistas. De este modo, se impone una distinción conceptual y científica sobre el espacio que incumbe al conocimiento experto (urbanistas y arquitectos), y que se contrapone —ideológica, política y burocráticamente— con las proyecciones de lo posible/lo imaginado de los usuarios, en definitiva, de los creadores de la “obra”.²

2 Es importante recordar que, en el marco del proyecto teórico-político de Lefebvre, “obra” no es sinónimo de objeto de arte u ornamento, sino la actividad de un grupo que se apropia y se hace cargo de la gestión creativa de la ciudad y sus espacios.

Habitar, para el individuo o para el grupo es apropiarse de algo. Apropiarse no es tener en propiedad, sino hacer su obra, modelarla, formarla, poner el sello propio. Esto es cierto tanto para pequeños grupos, por ejemplo, la familia, como para grandes grupos sociales, por ejemplo, quienes habitan una ciudad o una región. Habitar es apropiarse un espacio; es también hacer frente a los constreñimientos, es decir, es el lugar del conflicto, a menudo agudo entre los constreñimientos y las fuerzas de apropiación (...). El conflicto entre apropiación y constreñimiento es perpetuo a todos los niveles, y los interesados lo resuelven en otro plano, el de la imaginación, el de lo imaginario. (Lefebvre, 1978b, p. 210)

Desde esta perspectiva, habitar no se limita a las funciones primordiales asignadas al “lugar de habitación” (alimento, descanso, protección, reproducción, etc.). No es una función accidental del hombre, sino una de sus manifestaciones esenciales y definitorias. Se trata de un rasgo antropológico fundamental (*proprium*), es decir, de una característica distintiva del ser humano en tanto ser social que, como tal, se encuentra profundamente atravesada por el conjunto de cambios y reproducciones que tienen lugar en la estructura de las relaciones sociales de producción en un momento dado. En adición, Lefebvre concibe al habitar como un acto *creativo y transformador* que no solo se despliega sobre el espacio sino, fundamentalmente, sobre los sujetos que ocupan, usan, disfrutan y padecen el espacio habitado como *su* lugar. De aquí que la historia del habitar sea entendida por este pensador francés como un capítulo (y no menor) de la historia social y económica de la humanidad (Lefebvre, 2013, 1978b).

Habitar también es una *práctica productiva*. Como tal, es recurso y resultado de una compleja dinámica de *apropiación espacial* que se expresa en el mundo objetivo a partir de un conjunto de cosas, sentidos y discursos. Dicha apropiación (que exige del sujeto un trabajo de producción, el reconocimiento de la necesidad y el “deseo de hacer”) es concebida como el conjunto de prácticas sociales que otorgan a cierto espacio las cualidades propias de un *lugar*, es decir, de una *obra* (Lefebvre, 2013). De modo que la apropiación implicada en el habitar no se define desde la mera posesión (tener) que impera como rasgo y estructura en el reino de la propiedad privada sino, más bien, desde un *hacer* creativo, transformador, productor de posibilidades.

En suma, desde esta mirada, la *apropiación* implica un complejo proceso de adaptación, creación y transformación del espacio en un *lugar propio* que, lejos de adecuarse meramente al plano morfológico involucrado en el espacio construido (hábitat), responde al lenguaje de la creación y de la imaginación socialmente mediada. De forma que, además de los objetos, los sentidos y las palabras, el habitar con-

fiere un lugar privilegiado a las emociones, a lo simbólico y a lo imaginario, pues reafirma la potencia del sujeto de poder *reconocerse en la obra creada*.

Ahora bien, dado que habitar implica la ocupación, permanencia y apropiación del espacio por parte de un sujeto o colectivo, la “experiencia de habitar”, tal como es definida en este trabajo, supone adentrarse en las dinámicas socio-sensibles que ponen en juego *cuerpos percipientes, sintientes y hacientes* en el marco de sus interacciones cotidianas con la ciudad. Los aludidos entramados pueden ser captados teórica y empíricamente a través de múltiples vías, sin embargo, aquí se privilegia el análisis de las sensibilidades y de las políticas de los sentidos como ejes de articulación sustantivos.

Tal consideración parte de un supuesto inicial: toda experiencia espacial (habitar, consumir, construir, cocinar, amar, etc.) es producto y, a la vez, una producción situada de cuerpos/emociones. Las prácticas desarrolladas por un cuerpo que, por definición, percibe, siente y actúa sobre el mundo según una compleja red de impresiones provenientes de su intercambio con el ambiente (Scribano, 2012) comportan una dimensión del orden del sentir que conecta la producción socio-histórica y económica de la ciudad con las sensibilidades que producen (y sobre las que opera) el orden social.

Sociológicamente, las políticas de las sensibilidades constituyen “el conjunto de prácticas sociales cognitivo-afectivas tendientes a la producción, gestión y reproducción de horizontes de acción, disposición y cognición” (Scribano, 2017, p. 244). Se trata de estructuras sociales que organizan las preferencias y valores de los sujetos, al tiempo que establecen los parámetros para la gestión del tiempo-espacio en el que se inscriben las interacciones cotidianas. Tal operatoria, desapercibida y naturalizada por los sujetos como un modo particular (pretendidamente único y personal) de concebir las horas, los días, los hábitos, la arena pública, los espacios de intimidad, etc., (re)produce las estructuras y relaciones de dominación vigentes bajo el ropaje de prácticas y emociones “de todos los días” (esperanza, dolor, ira, alegría, incertidumbre, etc.).

Ahora bien, desde este esquema conceptual, se asume que las sensibilidades organizan “naturalmente” las dinámicas clasificatorias del mundo social que tienen los sujetos porque cuentan con la asistencia operativa de las denominadas “políticas de los sentidos” (Scribano, 2015). Comprendidas como nodos indispensables de las sensibilidades, tales políticas “producen, localizan, significan y distribuyen socialmente particulares modos de oler, tocar, oír, mirar y saborear que circulan en una sociedad en un tiempo específico, presentando

un radical contenido interseccional entre clase, raza/etnia y género” (Cervio, 2022, p. 10).

Dado que el mundo se conoce por y a través de los cuerpos, los ojos, los oídos, la nariz, la boca y la piel son terminales tan físico-biológicas como histórico-sociales que posibilitan el contacto entre el cuerpo y el mundo (Marx, 2010; Le Breton, 2017; Serres, 2016). Si se aplica este enunciado al escenario urbano, en conexión directa con la teoría del habitar de Lefebvre sintetizada más arriba, las ciudades pueden ser entendidas como “paisajes visuales, sonoros, olfativos, gustativos y táctiles que, analizados en su conjunto, permiten comprender a la sensibilidad como una formación histórica y a la experiencia como un campo multisensorial socialmente estructurado” (Cervio, 2020, p. 341).

Considerar a las ciudades como “*paisajes sensibles totales*” (*sensu* Mauss) es la estrategia teórica que aquí se propone como parte de una sociología de las sensibilidades interesada en analizar las experiencias urbanas a partir de las políticas de los sentidos que organizan la vida social en general, y la vida urbana en particular. En esta clave, y atendiendo a la “división del trabajo de los sentidos” —que alude al carácter complementario y de mutua influencia que ejercen los llamados “cinco sentidos” en la configuración de las relaciones socio-sensibles (Simmel, 2014)— este trabajo analiza experiencias del habitar en la socio-segregación, tomando como punto de anclaje teórico las sensibilidades olfativas que la ciudad produce, significa y distribuye socialmente como parte de sus políticas de las sensibilidades.

“MEMORIAS DEL HABITAR” EN LA SOCIO-SEGREGACIÓN: UNA APROXIMACIÓN TEÓRICA

En Argentina, desde mediados del siglo XX, las villas y asentamientos informales conforman los territorios prototípicos de la pobreza y la vulnerabilidad social. Aunque no agotan todas las formas de habitabilidad precaria que se registran a escala urbana —deben agregarse también los inquilinatos, hoteles, pensiones y casas tomadas— el impacto social, económico, ambiental y estético que estas urbanizaciones tienen sobre la trama urbana es innegable, dando lugar a diferentes intervenciones parte del Estado, así como del mercado inmobiliario.

Si bien en las últimas décadas las villas han sido definidas por la literatura social argentina enfatizando aspectos morfológicos, demográficos, sociales y culturales, para sintetizar, basta precisar que se trata de urbanizaciones ubicadas en tierras de propiedad fiscal o de terceros, con insuficiente infraestructura de servicios y espacios verdes. En general, poseen una trama irregular, con acceso a las viviendas a través de pasillos, y el proceso de ocupación suele ser indivi-

dual. Por su parte, los asentamientos informales son resultantes de la ocupación colectiva de tierras, en su mayoría, de propiedad privada. Poseen un trazado regular y planificado. Las familias residentes auto-producen de distintas maneras las infraestructuras y viviendas, por lo general, observando las normas vigentes, en tanto existe la perspectiva de regularización a través de la intervención estatal (Varela y Cravino, 2008).

Un paneo por los últimos datos disponibles muestra que, en 2017, en Argentina existían 4228 asentamientos pobres en los que habitaban 3.5 millones de personas (Relevamiento Nacional de Barrios Populares (RENABAP), 2017). Más de la mitad de estas urbanizaciones se formaron antes del año 2000, mientras que casi un cuarto surgió con posterioridad al 2010. Además, el registro señala que si bien el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) concentra la mayor cantidad de asentamientos informales del país (40,4%), desde hace varias décadas se verifica un consistente proceso de federalización de las habitabilidades precarias en el que la ciudad de Córdoba ocupa un puesto de relevancia. En efecto, de acuerdo con el mencionado relevamiento, en 2017 el territorio cordobés registraba 170 asentamientos informales, de los cuales 114 (67%) se localizaban en la ciudad Capital.

En el marco de una investigación³ dedicada al estudio de las experiencias del habitar durante la reapertura democrática que se inicia en 1983 —luego de casi 8 años de terrorismo de Estado— la pobreza y la marginación fueron identificadas como las principales coordenadas estructurales sobre las que edificaba la vida cotidiana de miles de familias cordobesas.⁴ A partir de la realización de entrevistas en profundidad a 24 dirigentes de organizaciones de base ligadas al hábitat social de la ciudad, se observó que el *andamiaje sensorial* ocupaba un lugar significativo en los relatos de sujetos que, más de 30 años después, seguían habitando en la periferia pobre de Córdoba.

3 En el proyecto “De la ‘ciudad democrática’ a las ‘ciudades-barrios’. Sensibilidades y experiencias del habitar en la ciudad de Córdoba durante los años 80 y 2000” (CIC-CONICET; investigadora responsable: Ana Lucía Cervio) se entrevistó a un grupo de residentes de villas y barrios precarizados de Córdoba, con el objetivo de indagar sus experiencias del habitar y sensibilidades asociadas con procesos de organización colectiva.

4 De acuerdo con el Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC, 1980, 1991), durante el período 1980-1991 la población residente en villas de emergencia pasó de representar el 2,3% al 3,03% del total del país. En la ciudad de Córdoba, el número de villas y asentamientos informales se incrementó durante el mismo período en un 57,4%: en términos absolutos, pasaron de ser 47 en 1980 a 74 en 1991, observándose un crecimiento del 55,8% en la cantidad de habitantes que residían en estas urbanizaciones (de 22.929 personas en 1980 a 35.723 en 1991).

Interpelados a “recordar” los modos en que se desenvolvía su vida cotidiana en la villa y/o barrio precarizado a partir de la recuperación democrática, los entrevistados nombraron distintos olores, sabores, sonidos, imágenes y texturas. Tales menciones sensitivas posibilitaron a los sujetos tender un puente entre pasado-presente, en tanto operaron como una forma (no excluyente, claro, en el marco de entrevistas que promediaban las dos horas de extensión) de “comunicar” sus propias sensibilidades y experiencias del habitar en la pobreza sobre las que estaban siendo consultados específicamente. Mediadas discursivamente en el marco de la interacción que supone el momento de la entrevista, dichas reconstrucciones pueden ser comprendidas como el resultado de un concreto “trabajo de la memoria” que, en el camino de otorgar sentido(s) al pasado a partir de la experiencia del presente, involucra “recuerdos y olvidos, narrativas y actos, silencios y gestos. Hay en juego saberes, pero también hay emociones” (Jelin, 2002, p. 17).

Asumiendo con Halbwachs (2011) que la memoria se produce de manera intersubjetiva, en tanto las temporalidades y los recuerdos se encuentran inexorablemente ligados a las permanentes reconfiguraciones del tiempo-espacio vivido con y a través de los otros, la acción de recordar (y también la de olvidar) es aquí definida como una co-construcción colectiva que involucra sensibilidades. En este contexto, la evocación del pasado constituye la presentificación de vivencias pretéritas hechas cuerpo/emoción que operan como conocimientos sensibles del mundo, orientando los horizontes de acción futuros. Al mismo tiempo, las tensiones y mediaciones estructurales implicadas en la dinámica de *experienciar el pasado — recordarlo — resignificarlo narrativamente en el presente* aluden a los modos en que los cuerpos/emociones se configuran socialmente (Cervio, 2010).

En línea con la definición de “políticas de las sensibilidades” presentada en el apartado anterior, resulta evidente que todo estado del sentir se manifiesta en el cuerpo —lo cual testimonia la materialidad inobjetable de las emociones—, así como en la trama espacio-temporal (pasado-presente-futuro) de las interacciones en las que participa el sujeto. Desde esta mirada, aceptando que recordar es re-vivir, y que la experiencia que se rememora aquí y ahora depende de las interacciones pasadas, puede afirmarse que recordar es un acto cognitivo-afectivo que consiste en “seleccionar” y “articular” en forma discursiva fragmentos de la vida vivida con otros. Tales selecciones —atravesadas en forma radical por las condiciones materiales de existencia— forman parte de un entramado afectivo cuya presencia “viva” en el presente incide sobre los modos en que el sujeto entabla relacio-

nes y configura las maneras de sentir (y sentirse) respecto a sí mismo, a las cosas del mundo y a los demás.

En el marco de estas articulaciones teóricas, en diálogo con la noción de “experiencia del habitar” discutida anteriormente, aquí se sostiene que las múltiples experiencias urbanas por las que atraviesan los sujetos a lo largo de su trayectoria vital van sedimentando ciertas “memorias del habitar” que marcan y condicionan las maneras cotidianas de vivir y sentir la ciudad en el presente. Tales memorias son entendidas como “un conjunto dinámico de construcciones intersubjetivas asociadas con procesos de apropiación/expropiación del ‘espacio vivido’ (*sensu* Lefebvre) que el sujeto reconstruye, resignifica e identifica en el presente como parte de su ‘propia historia’ de habitabilidad” (Cervio, 2022, p. 18).

En términos generales, las memorias del habitar presentan dos rasgos definitorios, a saber: en primer lugar, poseen un origen colectivo, en tanto son producto de la trayectoria de sociabilidades del sujeto y, por ello, se encuentran condicionadas a permanentes reconstrucciones ancladas en el tiempo-espacio vivido en y con otros (Halbwachs, 2011). En segundo lugar, solo pueden comprenderse desde la materialidad socio-sensible que implica conocer el mundo por y a través de los cuerpos. En efecto, lo que se recuerda (y cómo se recuerda) es producto de la re-elaboración de experiencias pasadas a partir de esquemas interpretativos presentes que posibilitan al sujeto otorgar sentido a aquello que “vivenció” como parte de su trayectoria “personal”, “única” y “singular” con la ciudad, el barrio, las calles, la casa, etc. En dicha dinámica significativa, los procesos estructurales que convergen sobre la *historia-del-sujeto-con-los-espacios-habitados* pueden ser develados, entre otras vías, por las particulares maneras de mirar, tocar, saborear, oír y oler que los sujetos elaboran en el marco de sus experiencias urbanas.

Retomando el estudio realizado en villas y barrios precarizados de Córdoba, si bien el guion de entrevistas preveía el abordaje de la sensorialidad como una sub-dimensión de análisis, solicitando a las personas que participaron de la investigación que compartieran un recuerdo específico sobre algún olor, imagen, sonido, textura y/o sabor que caracterizaba al barrio que habitaban en la década de 1980, las re-acciones de los 24 entrevistados fueron “positivas”, en tanto todos pudieron responder (casi) naturalmente —y con pocos rodeos— a la mencionada solicitud. Esto es, que todos los sujetos hayan podido enunciar al menos un recuerdo de su paso por la villa y/o barrio precarizado (30 o 35 años atrás) partiendo de algún registro sensorial, señala la potencia analítica de esta dimensión para observar los modos en

que la dominación se ha vuelto manera (persistente) de habitar (en) la socio-segregación.⁵

En lo que sigue se presenta el análisis de algunos fragmentos de entrevistas. Por razones de espacio, solo se tratarán referencias al olfato. Queda pendiente para un próximo trabajo el análisis del gusto, la vista, el oído y el tacto; sentidos también mencionados por los entrevistados a la hora de compartir sus “memorias del habitar”.

LOS OLORES DE LA VILLA

En términos estrictamente analíticos, los olores ofrecen la posibilidad de establecer una lectura sobre los lazos de intimidad que se producen entre un sujeto y un objeto, sea este último otro cuerpo, una mercancía, una relación social o un espacio. Enunciados como hedores, tufos, aromas, vahos o fragancias, de acuerdo con los impactos socio-sensibles que produzcan en los sujetos, los olores responden a una estructura del sentir cuya complejidad excede a las normas y posibilidades que brinda el lenguaje. Para dar cuenta de ellos, siempre faltan palabras. De ahí que sea necesario apelar a rodeos semánticos que, por lo general, terminan siendo afines a lo que esos estímulos producen en términos del sentir: “asqueroso”, “apasionante”, “fresco”, “inmundo”, etc.

Desde el perfume más “excitante” hasta el más “nauseabundo” hedor, los olores poseen una realidad material y sensible que construye atmósferas, prácticas y sensibilidades (Simmel, 2014; Le Breton, 2017). Más allá del carácter subjetivo, íntimo y personal que, en primera instancia, se imprime sobre la apreciación de un olor específico, se trata de un fenómeno objetivo, pues los efectos que produce (acciones, re-acciones, nuevos olores) condicionan la experiencia sensible del mundo social, entendida como la resultante de complejos procesos socio-históricos a partir de los cuales el sujeto consigue su *afirmación* en el mundo objetivo (Marx, 2010). Contrariamente a lo que indicaría su carácter efímero y volátil, los olores son producciones materiales que fundan memorias, develan relaciones sociales y actualizan un conjunto de conflictos y emociones, lo que los convierte en adecuados analizadores de los procesos estructurales vigentes en una sociedad en un tiempo dado.

Los olores son “escurridizos” en sus manifestaciones, pero no así en sus efectos sociales. “Marcar” a una persona o grupo social dentro de clasificaciones odoríficas “negativas” es un rastro indeleble que

5 Cabe destacar que, salvo algunas pocas excepciones, la mayoría de las y los entrevistados actualmente sigue habitando en entornos precarios, atravesados por profundos (y continuados) procesos de segregación socio-espacial.

condiciona las experiencias y sensibilidades de quien huele como de quien es olido. La historia de la humanidad muestra que diversos prejuicios olfativos han desatado guerras, conflictos raciales, y hasta epidemias. En este marco, desde la concepción que interpreta a los olores como construcciones morales (Synnott, 2003), es sencillo advertir que en sociedades profundamente desiguales el “otro” (negro, indígena, pobre, no-binario, etc.) es quien “huele mal”, en tanto encarna la síntesis más perfecta de un “fuera-de-lugar” social sobre el que se montan las más variadas prácticas de segregación y estigmatización (Cervio, 2021). En los pliegues de este proceso puede observarse la operación de una concreta política de las sensibilidades insoslayablemente conectada con la estructuración del poder.

En esta clave, y recuperando algunas referencias teóricas en relación con las sensibilidades olfativas abordadas en otros lugares (Cervio, 2015, 2022), los olores de las villas y barrios precarizados constituyen índices socio-sensibles fundamentales para reconstruir el conjunto de expropiaciones materiales, emocionales y vitales sobre las que se vienen configurando, desde hace décadas, distintas maneras de habitar en la socio-segregación. Así, considerando que los olores *no significan*, sino que *son y expresan lo que son* (Lefebvre, 2013), resulta elocuente que una de las entrevistadas defina los olores de la villa en la que habitaba hace más de 30 años con la vivencia personal en un paso fronterizo.

E: ¿Te acordás de los olores de la villa?

M: Sí, sí. Como cruzar de Argentina a Bolivia. Yo me acuerdo los olores: un olor a pescado con alcohol... Se te metía... En Potosí se te metía hasta los sesos el olor... a pescado con alcohol, parecía el olor. (...) ¡Olor a caca, olor a caca, a caca, a caca! Como la pudrición de la osamenta del perro cuando se revuelca en algo, ¿viste?, podrido. Ese olor permanentemente. El olor a caca siempre lo tuvimos. Porque teníamos tan cerca el basural, y más adelante de donde vivíamos (...) teníamos Obra Sanitaria. Actualmente tiran toda la bosta al río, al río. La tiran de la planta depuradora.

E: ¿Y en las casas también estaba ese olor?

M: En el aire estaba. ¿Moscas? Oh, pelear con la mosca y el mosquito... era una viva pelea. Yo en mi vida vi tanta mosca como vi ahí. Y en los basurales tiraban de los peladeros de pollos, entonces esa inmundicia de triperío más la... Uh, ¡¡las pudriciones!! Había aromas a la noche que no se podía... (Mujer, 59 años, ex-habitante de Villa Sangre y Sol)

El olor de la villa es enunciado (sin metáforas) como una “bisagra”, es decir, como un límite material que demarca los espacios de vida, penetrando en el cuerpo y en las emociones y, a partir de allí, conformándose como un sustrato ineludible de ese “acumulado” de pre-

cariedades que conforman el mundo de la vida de esta mujer. De acuerdo con su relato, el olor de la villa es el olor de la frontera, del pasaje de un sitio hacia otro. La línea que separa el pertenecer y no pertenecer a un lugar. Es la hediondez del “extraño”, del que está de paso en un sitio de transición, atestado de viajeros, en el que se cruzan y entremezclan hedores e historias (Douglas, 2007; Mata-Codesal, 2018). Con esta analogía puede pensarse cómo el borde (oloroso) penetra en el cuerpo/emociones (“hasta los sesos”), se impregna en el ambiente y forja los espacios cotidianos de miles de personas que desde hace varias décadas siguen apostadas en los bordes de la ciudad de Córdoba.

La descripción compartida por la entrevistada permite observar analíticamente cómo las sensibilidades olfativas construyen fronteras (cada vez más) diferenciadas al interior de las ciudades capitalistas. El olor (“a pescado con alcohol”, “a caca”, “a pudrición”) actualiza las diferencias de clase que “exudan” sujetos que se encuentran deprecia-dos por el “gusto nasal” establecido. Como se sostuvo en otro lugar: “Ciertos olores corporales y espaciales no gozan del derecho de ciudadanía y son asumidos (sin apelaciones) como meras prescripciones de alteridad, favoreciendo la segmentación y privatización odorífica del espacio urbano” (Cervio, 2015, p. 44). Así, barrios, calles, esquinas y casas huelen como también huelen las relaciones sociales que se despliegan al interior de estas escalas urbanas. En el caso de los barrios pobres, el “mal olor” delimita, impone clasificaciones y levanta muros que circunscriben las atmósferas olfativas de las interacciones sociales actuales y de los horizontes de acción futuros, recordando —con su pregnancia imbatible— el entramado de sufrimientos y conflictos con los que se vive y convive.

En adición, la degradación y la humillación son dos emociones que se insinúan en los relatos de distintos entrevistados cuando recuerdan la villa o el barrio que habitaban en los años 80. El “olor a podrido”, junto a los desechos, las moscas y las inmundicias, configuran la escenografía odorífica de las relaciones cotidianas rememoradas por varias personas. Particularmente, el olor a podrido invoca el temor a los desbordes de los pozos ciegos, así como el riesgo que trae consigo la contaminación de la tierra, el agua y el aire. Además de la pestilencia que provocan los procesos de fermentación y putrefacción que se multiplican bajo tierra, el olor nauseabundo confirma que ese subsuelo es un espacio perdido, es decir, un sitio contaminado incapaz de “soportar” cualquier forma de asentamiento humano (presente y futuro) si no es bajo el riesgo de la amenaza inminente del colapso y de la degradación ambiental. Así, el olor “a caca” que proviene de la contaminación del río, y que se cuele por las capas de

la tierra, evidencia un subsuelo incierto que, junto con las precariedades que se amontonan sobre la superficie, conforman un concierto de riesgos, amenazas e incertidumbres sobre las que se organiza la vida de todos los días.

Ahora bien, que la pestilencia sea el principal olor que se recuerda como parte de la experiencia del habitar en villas y barrios precarizados más de 30 años atrás opera, en clave teórica, como un *síntoma* de diversos procesos estructurales que impactan sobre las experiencias y sensibilidades individuales y colectivas. Se trata de un conjunto de procesos sistémicos de larga data —que incluyen, pero exceden, el acceso a infraestructuras y servicios urbanos básicos— y que confluyen en la configuración de una concreta *cartografía de la segregación*. Tal cartografía se revela, de manera ostensible, en la distribución espacial de sujetos que, relegados en términos de su disponibilidad energética (corporal y social), hacen de un *cúmulo histórico de negaciones* (falta de agua, cloacas, salud, educación, trabajo, seguridad, cuidado ambiental, etc.) su modo persistente de experimentar el fragmento de la ciudad que habitan.

En este marco, varios entrevistados manifiestan que en la villa y/o barrio es “normal” y “cotidiano” estar en contacto con inmundicias y olores desagradables que se pegan (violentamente, como un golpe) en la piel. Así, la bosta, las moscas y la basura que degradan el ambiente no solo forman parte del escenario de la segregación vivenciada. También se instituyen como una especie de condición inherente y definitiva de la villa como espacio de vida y, por extensión, como una suerte de condena olfatoria sobre los cuerpos pobres.

Otro aspecto que ponen de manifiesto los olores del entorno habitado es la dinámica de la naturalización y acostumbramiento al conjunto de faltas/negaciones que imponen los procesos de socio-segregación. En efecto, un entrevistado sostiene que cuando llega a la villa siente el olor a podrido como un hecho que, de alguna manera, marcará “a fuego” el arribo a su nuevo destino habitacional.⁶ Así, luego de una exposición rutinaria a ese olor, este ya no incomoda. Con el paso del tiempo, el “golpe del olor infecto” ya no duele, pues se camufla con el paisaje y con los vecinos, comenzando a formar parte de la vida cotidiana.

6 El entrevistado nace en un barrio obrero de la ciudad de Córdoba. Luego de recorrer distintas ciudades del interior del país y de combatir en la Guerra de Malvinas (1982), regresa a Córdoba y se aleja de la profesión militar. Con 30 años, y con algunas experiencias como inquilino, la crisis hiperinflacionaria de 1989 lo obliga a mudarse a villa Costa Canal (Noreste de la ciudad). Residirá allí hasta el año 2000, cuando consigue construir su vivienda en un barrio cercano.

E: ¿Cuáles eran los olores de la villa?

L: Eh... diría que a podrido. Era como un feo olor por toda el agua que se acumulaba en el canal, pero alguna gente tiraba también el agua servida al canal. Por ahí cuidábamos y nos fijábamos que nadie tirara el agua del excusado. Yo creo que no; pero sí, por ahí tiraban del lavarropas y, bueno... Y eso se juntaba con cosas, y por ahí los huesos que los perros llevaban o que la gente tiraba, qué sé yo. Entonces una vez cada tanto nos juntábamos y limpiábamos un poco el canal.

E: Cuando llegaste a la villa, ¿sentiste ese olor a podrido?

L: Yo lo sentí cuando llegué, ¿por qué digo esto? Porque creo que con el tiempo te acostumbrás (...) (La gente) Ya no siente como... Yo creo que lo siente, pero te acostumbraste y no te molesta. O sea, no es que sea agradable, pero no te molesta. ¿Viste que alguna vez vamos a una casa que tiene un olor a humedad que no lo aguantás? Yo, que hago services, a veces voy a algunos lugares y digo: "¿cómo vive esta gente aquí?" Y a ellos no les pasa nada. Para ellos está todo bien. (Varón, 57 años, ex-habitante de Villa Costa Canal)

De acuerdo con el entrevistado, *vivir en la villa* en década de 1980 supone interactuar con distintos focos infecciosos que muchas veces pasan desapercibidos. El acostumbramiento a los "olores", e incluso la incapacidad de percibir la contaminación del ambiente con otros sentidos (gusto, vista, tacto, oído), muestra que la "pestilencia" forma parte de la atmósfera en la que se despliegan las relaciones sociales habituales. En este marco, que el "olor feo" no sea asumido por los sujetos "como algo que molesta", señala la presencia de una política de las sensibilidades que "anestesia" como parte de una operatoria de dominación concreta.

Así, la putrefacción que se recuerda constituye una descripción *vívida* del espacio habitado en la que olores y prácticas se amalgaman, confirmando la fetidez del canal como parte del conjunto de des-posesiones y expropiaciones (materiales, vitales y sensibles) que explican el origen y desarrollo de estas habitabilidades precarias. Tal observación muestra que el *acostumbramiento* a las privaciones materiales (y a los riesgos y amenazas asociados) es un mecanismo de soportabilidad social que posibilita a los sujetos *seguir-viviendo-su-vida-como-si-tales-pestilencias-no-estuvieran* (D'hers, 2013). En efecto, que el persistente olor pútrido del canal no provoque ninguna problematización ilustra cómo la reproducción de las faltas estructurales (limpieza y saneamiento de cursos de agua, en este caso) se hace cuerpo/emoción remitiendo, con ello, a un plano cognitivo-afectivo puesto en juego por los sujetos a la hora de vivenciar(se) en el marco de la materialidad que imponen las experiencias encarnadas de lo social. En suma, el relato anterior muestra que el aire, el agua y la salud que los sujetos de la villa NO tienen es, pre-

cisamente, el único tipo de agua, aire y salud que podrán disponer en el marco de la ciudad que habitan. Y eso es, evidentemente, una cuestión que compromete al cuerpo y a las sensibilidades pasadas, presentes y futuras.

En otro momento de su relato, el mismo entrevistado pone de manifiesto su experiencia de “ruptura” con el acostumbramiento al “mal olor” cuando narra la posibilidad personal que tiene de “saltar el cerco”, es decir, salir de la villa y acceder a una casa en un barrio de la ciudad de Córdoba. Tal movimiento biográfico se completa con su incorporación como técnico a una ONG que interviene en la villa Costa Canal. A partir de esta experiencia laboral, unos años después, vuelve a “caminar la villa” investido de su nuevo rol profesional. Frente a este cambio de roles, “su disposición nasal” (también) cambia:

E: ¿Vos en algún punto sentís que te acostumbraste a ese olor del canal?

L: Yo sentí que me acostumbré al olor del canal en su momento, sí. Sí, porque después yo no lo sentía como algo que me molestara.

E: ¿Al olor a podrido?

L: Al olor, al mal olor. Es lo que yo después sentí cuando trabajé... cuando empecé a trabajar en las villas. Vos vas a los lugares en donde están asentadas las villas, arriba de un basural, y no podés entrar del olor. Y la gente vive ahí porque se acostumbra. (Varón, 57 años, ex-habitante de Villa Costa Canal)

El fragmento anterior ilustra cómo el *umbral de (in)tolerancia olfativa* acompaña la movilidad social vivenciada. La oportunidad de “salir de la villa” y de regresar un tiempo después como parte de un equipo profesional dedicado a la intervención comunitaria (que entra y sale del territorio y que, por lo tanto, no se encuentra expuesto en forma rutinaria al “mal olor”) le posibilita al entrevistado desmarcarse del “colectivo villero” y asumir(se) desde otra posición social que redundante, claro está, en una nueva sensibilidad olfativa.

Como sostiene Corbin en referencia a la pestilencia del pobre en el siglo XIX, “el umbral de percepción o, mejor dicho, de tolerancia olfativa define la adscripción social” (2002, p. 167). En el ejemplo analizado, el entrevistado consigue examinar críticamente el acostumbramiento a los “olores infectos” que observa entre “la gente” de la villa cuando logra su objetivo personal de mudarse hacia un barrio y conseguir un trabajo formal. Tal movimiento en su trayectoria de vida le posibilita abrir una distancia socio-sensible con su anterior espacio habitacional, posicionarse en forma categórica en la distinción *yo/ellos* y, finalmente, emprender el camino para “liberarse” de esa condena olfatoria que se esparce sobre la villa y sobre los cuerpos que allí habitan.

A MODO DE CIERRE

El olor es un marcador de atmósferas, pues su juicio es decisivo a la hora de determinar el ambiente de un lugar, de un encuentro y de una situación (Simmel, 2014). Concretamente, no se trata tanto de lo que se huele, sino del significado con el que socialmente está investido ese olor (Synnot, 2003). Así, en una sociedad estructurada por las tramas de la dominación capitalista, patriarcal y neocolonial, el “otro” es ungido con un conjunto de olores y hedores que actualizan la repugnancia, el desprecio y la desconfianza como claves sensibles que impregnan, en buena medida, las interacciones *tú-yo / ellos-nosotros* actuales y hacia el por-venir.

El *olor de la alteridad* (de clase, de etnia-raza, de género) desnuda lógicas estructurales vinculadas con la diferenciación, la desigualdad y el distanciamiento social que se encuentran en la base de todo proceso de segregación socio-espacial (Cervio, 2021), promoviendo la consolidación del temor, la inseguridad y la sospecha como emociones que refuerzan los múltiples muros, bordes y fronteras que configuran y atraviesan a la ciudad como un “todo”. Complementariamente, los enclaves espaciales habitados por cuerpos condenados socialmente a ocupar el sitio del “no-lugar”, acumulan prejuicios y estereotipos que esencializan, naturalizan y fijan las diferencias radicales a partir de las cuales aquellos son construidos como “otros” (Hall, 2010). Tal es el caso del conjunto de estereotipos que se proyectan sobre las villas y barrios precarizados en Argentina, así como sobre sus habitantes, popularmente denominados “negros/negras villeros/villeras”.

Desde una sociología de las sensibilidades, este trabajo se ha esforzado por mostrar que sobre la alteridad se extiende una *condena olfatoria* que pone en evidencia los modos en que la sociedad organiza la regulación de cuerpos/emociones en una coordinada tiempo-espacio dada. En esta empresa, la gestión de la “cuestión olfativa”, junto con el resto de las políticas de los sentidos, constituye un nodo indispensable de las sensibilidades que (re)producen la desigualdad y el desprecio por el otro como parte de una concreta operatoria del poder devenida manera habitual/familiar/reconocible de hacer, narrar y sentir el mundo que tienen los sujetos.

En este marco, el análisis precedente ha ofrecido algunas pistas que permiten indagar cómo la dominación configura *a priori* la atmósfera olfativa que envuelve a los cuerpos-espacios que ocupan el lugar de la alteridad, extendiendo sobre ellos un halo odorífico del que difícilmente se pueda huir: el pobre, el indígena, el negro, el inmigrante, etc. “huelen mal”. El olor del otro es, en efecto, la emanación del miedo y la sospecha que impone la alteridad. Esa sensibilidad olfati-

va refiere más a quien la siente que al sujeto o colectivo que supuestamente la emana. De allí que las normas olfatorias —naturalizadas y asimiladas por los miembros de una sociedad merced a complejas herencias intergeneracionales— constituyan un elemento primordial para el control social.

En esta clave, en tanto construcción y aprendizaje ideológico sedimentado en lo más “íntimo” y “personal” del cuerpo/emoción, la *repulsión hacia el otro* constituye una barrera material infranqueable sobre la que se asientan diversos registros del miedo, el asco, el odio y la intolerancia social. Emociones que —con los olores, sabores, imágenes, sonidos y texturas que provocan— componen engranajes fundamentales para el afianzamiento de las dinámicas de socio-segregación que se observan en las ciudades actuales.

De este modo, el llamado *olor de la alteridad* es, en forma inobjetable, producto de las condiciones materiales de existencia sobre las cuales los *cuerpos-otros* desarrollan su vida cotidiana. En directa conexión con lo anterior, también es resultado de la *a-precitación olfativa* que la estructura de dominación impone como estándar ideológico para clasificar/posicionar a los sujetos en el espacio social. Tal *impregnación* (sea bajo la rúbrica de un olor, miasma o hedor) se cuele, inexorablemente, en el plano subjetivo, naturalizándose como un rasgo “esencial” de los sujetos, de sus vínculos sociales y de los espacios que estos habitan. En adición, las aludidas estereotipaciones odoríficas contribuyen a *fixar* al sujeto en una posición de marginalidad social que se asume como “dada”, invisibilizando, de ese modo, las condiciones sociales, históricas, políticas y económicas que explican la desigualdad y el conjunto de sufrimientos cotidianos.

En otros términos, los olores con que la sociedad “invierte” a los sujetos que son definidos desde las lógicas de la “exclusión”, la “excedencia” y la “excepción” producen subjetividades, construyen memorias y acompañan las maneras de sentir, percibir y proyectar(se) (en) el mundo que tienen quienes habitan en los bordes “malolientes” de las ciudades. Y esta es, sin dudas, una problemática ineludible para una sociología comprometida con el examen crítico de los procesos de estructuración y cambio social contemporáneos.

BIBLIOGRAFÍA

- Borsdorf, A. e Hidalgo, R. (2010). From polarization to fragmentation. Recent changes in Latin American urbanization. En Van Lindert, P. y Verkoren, O. (Eds.), *Decentralized development in Latin America: Experiences in local governance*

- and local development* (pp. 23-34). Dordrecht, Heidelberg, Londres y Nueva York: Springer.
- Cervio, A. (2010). Recuerdos, silencios y olvidos sobre lo colectivo que supimos conseguir. Memoria(s) y olvido(s) como mecanismos de soportabilidad social. *RELACES*, 1(2), 71-83.
- Cervio, A. (2015). Experiencias en la ciudad y políticas de los sentidos. Lecturas sobre la vista, el oído y el olfato. En Sánchez Aguirre, R. (Comp.), *Sentidos y sensibilidades: exploraciones sociológicas sobre cuerpos-emociones* (pp. 17-48). Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora.
- Cervio, A. (2020). Trayectorias de habitabilidad en contextos de segregación socio-espacial: una aproximación teórico-metodológica desde las sensibilidades. *Economía, Sociedad y Territorio*, 20(63), 335-364.
- Cervio, A. (2021). City and Sensibilities: The dynamics of racializing segregation. En: Scribano, A.; Camarena Luhrs, M. y Cervio, A. L. (Eds.), *Cities, capitalism and the politics of sensibilities* (pp. 177-195). Cham: Palgrave Mcmillan.
- Cervio, A. (2022). Experiencias y memorias del habitar: una aproximación teórica desde las sensibilidades olfativas. En: Camarena Luhrs, M. y Moctezuma Mendoza, V. (Coords.), *Ciudad de México: miradas, experiencias y posibilidades* (pp. 53-84). México: IIS-UNAM.
- Congress, E. (2017). Immigrants and Refugees in Cities: Issues, challenges, and interventions for social workers. *Urban Social Work*, 1(1), 20-35.
- Corbin, A. (2002). *El perfume o el miasma. El olfato y lo imaginario social. Siglos XVIII y XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Corominas, J. y Pascual, J. A. (1984). *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*. Madrid: Gredos.
- Cravino, M. C. (Comp.) (2018). *La ciudad (re)negada. Aproximaciones al estudio de asentamientos populares en nueve ciudades argentinas*. Los polvorines: UNGS.
- D'hers, V. (2013). Entre el amor y el espanto: Cuerpos del sufrimiento, la resistencia y el logro en barrios ambientalmente degradados. *Revista Brasileira de Sociologia da Emoção*, 12(34), 122-155.
- De Mattos, C. (2010). Globalización y metamorfosis metropolitana en América Latina. De la ciudad a lo urbano generalizado. *Revista de Geografía Norte Grande*, (47), 81-104.

- Douglas, M. (2007). *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Duhau, E. (2003). División social del espacio metropolitano y movilidad residencial. *Papeles de Población*, 9(36), 161-210.
- Halbwachs, M. (2011). *La memoria colectiva*. Madrid: Miño y Dávila.
- Hall, S. (2010). El espectáculo del Otro. En Restrepo, E.; Walsh, C. y Vich, V. (Eds.), *Sin Garantías. Trayectorias y problemáticas en estudios culturales* (pp. 419-445). Ecuador: Envión Editores/ Universidad Andina Simón Bolívar.
- Heidegger, M. ((1951) 2015). *Construir, habitar, pensar*. Madrid: Editorial La Oficina.
- Illich, I. (2014). *El mensaje de la choza de Gandhi y otros textos*. Cuernavaca: Universidad Autónoma del Estado de Morelos.
- Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) (1980). Censo Nacional de Población y Vivienda: Ciudad de Córdoba/ 1980. Dirección General de Estadísticas y Censos de la Provincia de Córdoba.
- Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) (1991). Censo Nacional de Población y Vivienda: Ciudad de Córdoba/ 1991. Dirección General de Estadísticas y Censos de la Provincia de Córdoba.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Kleidermacher, G. (2016). De la ilusión al desencanto. Senegaleses en Buenos Aires y la construcción de representaciones respecto a su proyecto migratorio. *RUNA*, 37(1), 89-104.
- Le Breton, D. (2017). *Sensing the world: an anthropology of the senses*. London: Bloomsbury Academic.
- Lefebvre, H. (1978a). *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península.
- Lefebvre, H. (1978b). *De lo rural a lo urbano*. Barcelona: Península.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing.
- Marx, K. (2010). *Manuscritos de 1844. Economía política y filosofía*. Buenos Aires: Colihue.
- Mata-Codesal, D. (2018). El olor del cuerpo migrante en la ciudad desodorizada. Simbolismo olfativo en los procesos de clasificación social. *Revista de Antropología Iberoamericana*, 13(1) 23-43.
- Méndez, R. (2007). El territorio de las nuevas economías metropolitanas. *EURE*, 33(100), 51-67.
- Minujín, A. y Kessler, G. (1995). *La nueva pobreza en la Argentina*. Buenos Aires: Planeta-Temas de Hoy.

- Pagliarin, S. y De Decker, P. (2021). Regionalised sprawl: conceptualising suburbanisation in the European context. *Urban Research & Practice* 14(2), 138-156.
- Picker, G. (2017). *Racial Cities: Governance and the Segregation of Romani People in Urban Europe*. London: Routledge.
- Real Academia Española (RAE) (2021). Diccionario de la Lengua Española (en línea). Disponible en: <https://dle.rae.es/>
- Relevamiento Nacional de Barrios Populares (RENABAP) (2017). Relevamiento Nacional de Barrios Populares: Informe General Período 08/2016 a 12/2017. Disponible en: <https://zuletasintecho.files.wordpress.com/2018/04/resumen-informe-de-gestic3b3n-renabap-ac3b1o-2017-docx.pdf>
- Sabatini, F.; Cáceres, G. y Cerda, J. (2001). Segregación residencial en las principales ciudades chilenas: Tendencias de las tres últimas décadas y posibles cursos de acción. *Revista Latinoamericana de Estudios Urbano Regionales*, 27(82), 21-42.
- Scribano, A. (2012). Sociología de los cuerpos/emociones. *RELACES*, 4(10), 93-113.
- Scribano, A. (2015). Comienzo del Siglo XXI y Ciencias Sociales: Un rompecabezas posible. *Polis*, 14(41), 209-221.
- Scribano, A. (2017). Amor y acción colectiva: una mirada desde las prácticas intersticiales en la Argentina. *Aposta, Revista de Ciencias Sociales*, 74, 241-280.
- Serres, M. (2016). *The five senses: a philosophy of mingled bodies*. London: Bloomsbury Academic.
- Simmel, G. (2014). *Sociología: estudios sobre las formas de socialización*. México: Siglo XXI.
- Synnott, A. (2003). Sociología del olor. *Revista Mexicana de Sociología*, 65(2), 431-464.
- Varela, O. y Cravino, M. (2008). Mil nombres para mil barrios. Los asentamientos y villas como categorías de análisis y de intervención. En Cravino, M. (Org.), *Los mil barrios (in)formales. Aportes para la construcción de un observatorio del hábitat popular del Área Metropolitana de Buenos Aires* (pp. 45-64). Los Polvorines: UNGS.
- Vecslir, L. y Ciccolella, P. (2012). Transformaciones territoriales recientes y reestructuración metropolitana en Buenos Aires. *Revista Iberoamericana de Urbanismo*, 8, 1-7.

Ana Lucía Cervio